

José Antonio Millán

Los trazos que hablan

El triunfo y el abandono
de la escritura a mano

Ariel

José Antonio Millán

Los trazos que hablan

El triunfo y el abandono
de la escritura a mano

Ariel

Primera edición: noviembre de 2023

© 2023, José Antonio Millán González

Iconografía: Autor y Grupo Planeta

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2023, Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3670-1

Depósito legal: B 12.850-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70/93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Índice

<i>Prólogo</i>	15
<i>Nota sobre los textos</i>	21
<i>Prefacio</i>	23

PRIMERA PARTE LOS ORÍGENES

1. Los dibujos sagrados	33
2. Hendiduras en arcilla	39
3. Un descubrimiento	44
4. El alfabeto, propiamente dicho	50
5. La sucesión de las letras.	58

SEGUNDA PARTE MANEJO DE LA HERRAMIENTA

6. La materia y la escritura.	67
7. Letras que son monumentos.	76
8. Las primeras letras.	83
9. Una ciudad escrita	89
10. Tras la caída del Imperio.	98
11. La revolución de Carlomagno.	105

TERCERA PARTE
LOS ELEMENTOS

12. El soporte	115
13. La pluma.	124
14. La tinta	134
15. El escritorio	142
16. La mano	148
17. El cuerpo	155

CUARTA PARTE
EL ORDEN DE LAS LETRAS

18. Abreviación, fusión y confusión	167
19. Las letras y su espacio	175
20. El jardín y el laberinto	187
21. El sueño humanista	192
22. La génesis del texto	200

QUINTA PARTE
EL GESTO Y EL MOLDE

23. El gobierno por las letras.	213
24. Caminos paralelos	223
25. La enseñanza en los Siglos de Oro	232
26. La aguja y la pluma	242
27. Una nube de signos	248

SEXTA PARTE
DEL PENDOLISTA AL PEDAGOGO

28. La edad de oro de la caligrafía	257
29. La cursi cursiva.	267
30. La competencia entre letras	277
31. La cursiva se endereza	283
32. Mi mamá me mima	291

SÉPTIMA PARTE
LA LETRA Y LA PERSONA

33. El peritaje	299
34. La individualidad de la letra	310

OCTAVA PARTE
LA ERA DE LA TÉCNICA

35. Los descendientes de la pluma de ave	321
36. Escribir de cualquier manera	330
37. El diálogo entre la mano y la máquina.	336

NOVENA PARTE
LA ENCRUCIJADA CONTEMPORÁNEA

38. ¿Cómo se aprende a escribir?	349
39. La enseñanza en España, hoy	358

DÉCIMA PARTE
LO QUE QUEDA

40. Un artículo de lujo.	367
41. Los refugios del manuscrito	373
<i>Conclusión.</i>	383
<i>Agradecimientos.</i>	385
<i>Notas.</i>	389
<i>Bibliografía</i>	415
<i>Fuentes bibliográficas y digitales de las figuras</i>	463
<i>Créditos de las figuras</i>	477

Los dibujos sagrados

Vamos a partir de los jeroglíficos egipcios, porque están en el origen remoto de nuestro alfabeto. Hay un debate antiguo acerca de si fueron ellos o la escritura cuneiforme mesopotámica (a la que nos asomaremos en el siguiente capítulo) los que inauguraron históricamente la cultura escrita, quizás porque se partía de la idea de que ésta había surgido una sola vez. Sin embargo, el descubrimiento de la escritura jeroglífica maya demostró que la escritura podía aparecer independientemente en distintos lugares. Y la profundización en el estudio de los primeros balbuceos gráficos demostró que su advenimiento podía ser una cuestión gradual, más que un estallido repentino¹.

El antiguo egipcio era una lengua emparentada con lenguas semíticas (como el árabe y el hebreo) y norteafricanas (como el bereber). Su escritura, que apareció a finales del cuarto milenio antes de nuestra era², recibe el nombre de *jeroglífica*, que acuñaron los griegos y significa ‘talla, grabado sagrado’. Aunque en épocas pasadas se atribuyó a esta escritura la capacidad de representar directamente mediante dibujos los objetos —¡e incluso las ideas!—, la verdad es que muchos de los signos que utilizaba encarnaban sonidos.

El egipcio se basaba, como las lenguas semíticas, en palabras constituidas por raíces de tres (a veces, dos) consonantes: las vocales se usaban para manifestar distintos accidentes (un poco a la manera del familiar *drink drank drunk* del inglés —lengua con la que no tiene nada que ver)³. Había signos para

combinaciones de tres consonantes, de dos, o para una sola; suelen llamarse *fonogramas* ('dibujos que representan sonidos'). Pero además tenía signos de objetos (como el dibujo de una mano, de una casa...), que se llaman *ideogramas* ('que representan ideas'). Estos podían escribirse también en combinación para representar otras palabras (como si escribiéramos *soldado* con el dibujo de un *sol* más el de un *dado*). Y por último, otros signos, los *determinantes* clarificaban el ámbito al que se referían signos que podían tener varios sentidos (edificios, oficios...). En definitiva, se trataba de un sistema muy complejo. En total, se manejaban entre quinientos y cuatro mil signos, dependiendo de las distintas épocas.

En la Fig. 1.1 (a) vemos el signo para 'casa': representa la planta, con la abertura abajo como puerta del recinto. Se pronunciaba /pr/ (una raíz de dos letras: no sabemos exactamente qué vocales la acompañaban). Podía funcionar de varias maneras. Cuando se quería que significara sólo 'casa', como en (b), se añadía una raya, que indicaba «significado propio», es decir, que funcionaba como un ideograma. Pero en (c) lo vemos utilizado para el verbo 'subir'. Leído de izquierda a derecha y de arriba abajo tenemos /pr/ (la casa usada como fonograma de dos consonantes); debajo está el signo de 'boca', aquí sólo como el fonograma /r/, que en realidad es redundante, porque la /r/ ya está incluida en el signo anterior (estos signos *inútiles* eran frecuentes en la escritura jeroglífica y aparecen también en otros sistemas); por último el dibujo de dos piernas andando, que es un «determinante», indica dos cosas: lo que le acompaña está en su valor fonético (por tanto, se pronunciaría /pr/ más alguna vocal), y el conjunto es una palabra relacionada con el movimiento.



Fig. 1.1. (a) El signo de *casa*. (b) Cuando significa precisamente 'casa', (c) Con valor fonético para escribir el verbo 'subir'.

No es de extrañar que los escribas de la sociedad egipcia, las personas capaces de crear estos códigos, o incluso de plasmarlos con arte y belleza, tuvieran un estatus privilegiado, del que dan cuenta sus representaciones y tumbas. Pero además de los honores, la de escriba debía de ser una profesión con otros incentivos. Hay una composición, fechable entre los siglos –XVI y –XIV, que presenta a un padre escriba, que narra a su hijo los sinsabores de una serie de oficios, como el de carpintero, barbero, alfarero..., para terminar⁴:

Mira, no hay profesión sin jefe,
excepto la de escriba, porque él es el jefe.
O sea que si sabes escribir te irá mejor
que esas profesiones que te he presentado,
cada una más infortunada que la otra.

En las paredes de monumentos y lugares notables de todo el mundo hay, grabadas o escritas, frases dejadas por los visitantes⁵. Estas escrituras informales, de ejecución rápida, se suelen llamar *grafitis*. En la Antigüedad egipcia son frecuentes en templos y tumbas. Pero en los lugares de trabajo, como minas o canteras, abundan también inscripciones con los nombres de los trabajadores: tras erigir la estela de una expedición minera en el Sinaí, con el nombre de su jefe, los trabajadores grabaron su nombre en los espacios en blanco⁶. Estas huellas demuestran la paulatina extensión de la escritura entre la población. Los grafitis egipcios —como los de la mayoría de otras épocas y culturas— abundan en nombres de persona, acompañados con frecuencia por la indicación de sus cargos. Esto último habría que atribuirlo, más que a vanidad, a la intención de diferenciar al firmante de otros con el mismo nombre.

En un muro de la tumba de Tutmosis III, trazada a tinta y con escritura hierática (jeroglífica simplificada), está esta frase, atribuible al escriba Amenhotep, que dejó otros grafitis en las proximidades:

Mil veces bella es la pintura de la derecha.

Quizás podamos situar en este grafiti, de los siglos –XII o –XI, el nacimiento de la crítica de arte⁷.

Los signos jeroglíficos con el valor de un sonido no se utilizaban por sí solos para escribir, con una sola excepción: los nombres extranjeros, que no contaban con una forma de escribirse tradicional⁸. Veamos cómo se las arreglaron con un nombre griego, Alexandros. En –332, Alejandro Magno conquistó el imperio persa, del que formaba parte Egipto, y se convirtió en su faraón. Los nombres de éstos se escribían dentro de una especie de óvalo o «cartucho», y esto es lo que se hizo en inscripciones y documentos (Fig. 1.2). En (a) lo vemos escrito de derecha a izquierda y de arriba abajo. Las letras añadidas indican el valor fonético de los signos: A representa no la vocal /a/, sino un sonido emitido con la garganta, casi como una tosecilla (se representa muchas veces como /' /); I es una semiconsonante, que a veces ni siquiera se pronunciaba. Si nos centramos en la columna de la izquierda, tenemos en primer lugar el signo de «agua», que es el fonograma de /n/, luego la «mano» (con el pulgar levantado), /d/; en tercer lugar, nuestra vieja conocida la «boca», en función de /r/, y para acabar el dibujo del «cerrojo de una puerta», /s/. En (b) vemos los mismos signos en disposición vertical. El conjunto, en ambos casos, se leería /'ksndrs/, añadiendo las vocales que permitieran su pronunciación.

Precisamente un cartucho con el nombre de Alejandro fue uno de los primeros que reconoció Champollion en la década de 1820, cuando —junto con otros investigadores— descifró los jeroglíficos⁹.

El egipcio se podía escribir en horizontal de derecha a izquierda, como en la Fig. 1.2 (a), o de izquierda a derecha. ¿Cómo saber cuál es la dirección de lectura de una palabra? Los jeroglíficos utilizaban la orientación de los signos figurativos que usaban: la línea empezaba allá donde miraran las figuras humanas o los animales representados: la línea de 1.2 (a) empieza a la derecha. También se podía escribir en vertical, de arriba abajo, como en 1.2 (b). Lo que frecuentemente marca-

ba la dirección de una inscripción era el contexto arquitectónico: los signos que narraban la ofrenda a un personaje se dirigían hacia su imagen, y los que estaban a derecha e izquierda de una puerta se orientaban ambos hacia la abertura, de manera que tenían direcciones opuestas. A esto hay que añadir que los signos se podían esculpir en la piedra, pintar como un fresco sobre un muro, dibujar sobre papiro... Su realización podía no ser esquemática, sino artística, hasta el extremo de que muchas veces no se sabe *a priori* si una imagen, por ejemplo de un hombre, intenta ser un retrato convencional o si forma parte de un escrito.

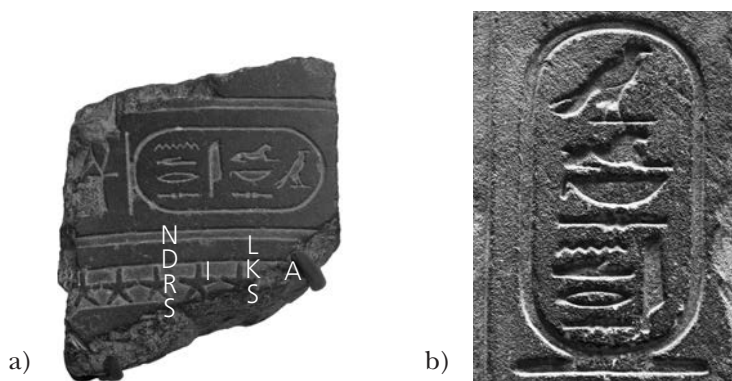


Fig. 1.2. El nombre «Alexandros». (a) En el Louvre, E 30890, inscripción sobre basalto (hacia -332), con el valor fonético añadido. (b) En Luxor.

Como veremos que ocurre en repetidas ocasiones a lo largo de la historia, en Egipto convivían escrituras para usos monumentales, que se esculpían o pintaban en las paredes, y otras más simples y apresuradas para el ámbito privado, escrituras ligadas como la *hierática* ('sagrada'), muy próxima a la jeroglífica, que se escribía en papiros, cuero o trozos de cerámica, y la *demótica* ('del pueblo'), una derivación de la anterior, más relajada. En la escritura demótica había sólo unos trescientos signos, y se escribía en horizontal, de izquierda a derecha (Fig. 1.3). Ninguna de estas escrituras indicaba las vocales¹⁰. Aunque los templos y las tumbas han captado todo el imaginario egipcio, sus escrituras más informales sobre papiro o cerámica produjeron una

rica literatura (ya hemos visto los consejos del padre escriba), cartas privadas y documentos burocráticos, como contratos por cuadruplicado en los que normalmente firmaban hasta dieciséis testigos¹¹. La estimación de qué porcentaje de la población estaba alfabetizada ha variado mucho, dependiendo del periodo y del mismo concepto de «alfabetización»: del 1 por ciento al 10 por ciento. La mayor producción sería administrativa y religiosa. Aunque muy escasa y dispersa, hay también alguna huella de mujeres alfabetizadas¹².



Fig. 1.3. Fragmento de cerámica escrita en demótico con una plegaria al dios Amón para que devuelva la vista a un ciego (principios del s. -IV).

El egipcio clásico se escribió mayoritariamente de derecha a izquierda, pero, con la llegada del cristianismo la escritura jeroglífica y sus variantes más simples se fueron perdiendo, y hacia el siglo III se empezó a escribir en alfabeto copto (una variante del griego), de izquierda a derecha. Con el islam, que completó la conquista a finales del siglo VII, adoptaron al alfabeto árabe, de nuevo de derecha a izquierda¹³. El egipcio es, por tanto, un buen ejemplo de cómo no hay nada intrínseco en una lengua que obligue a una dirección de escritura concreta.